

# Los tesoros de Calígula o las charlas de café sin café. Notas biográficas sobre la infancia de Arturo Souto Alabarce, de 1930 a 1942

*Arcelia Lara Covarrubias*

Cuando supe que por fin se iba a organizar un tan merecido homenaje a Arturo Souto Alabarce, no quise, por supuesto, dejar de participar. Yo, como muchos de sus alumnos y colegas, le debo atención, sabiduría, tiempo y afecto que Arturo generosamente prodiga a quien lo conoce, con su trato afable, manso y amistoso. Al inicio, mi idea fue hablar de la infancia de Arturo como el momento en el que se comenzaron a gestar muchos de los rasgos que identificamos en el cuentista, el maestro, el crítico y el estudioso de la literatura, esto es, proyectaba partir de los biografemas (el cuño del término se lo debemos a los estructuralistas) para hablar de Arturo como de un texto interpretable. Los documentos con los que contaba eran algunas fotografías, los cuadros de su padre, los libros y, sobre todo, una incesante conversación que desde hace ocho años hemos mantenido. Bien pronto me di cuenta de lo pretencioso que era el propósito inicial, así que desistí de todo afán demostrativo o explicativo. Las notas mentales que había sacado de esas pláticas eran un material más vivo que el dato propiamente histórico-biográfico; no se dejaban encuadrar en las regularidades de un método.

He decidido, entonces, presentar esta información sobre nuestro festejado renunciando a todo anhelo de buscar las asignaciones de una causalidad que revelara la relación de la vida con la obra o de la obra con la vida. Más que un trabajo de indagación histórica, a veces periodística, la narración biográfica es la traducción de una simpatía: no se puede relatar la vida y la génesis intelectual de alguien a quien no se quiere.

Roland Barthes escribió que “toda biografía es una novela que no se atreve a decir su nombre”. Así, el segundo problema que surgió fue el de encontrar una inflexión adecuada que hilvanara estos retazos de esa novela. El eco de las charlas de café —sin café porque Arturo Souto no toma café desde los quince años— de los miércoles me sugería un tono que dejara, como los martinis, un gusto intenso y profundamente aromado. A falta de gracia y salero, hubie-

ra deseado crear una escritura blanca, liberada de toda servidumbre respecto de un orden del lenguaje, con una transparencia que dejara escuchar la voz y el estilo del mismo Arturo, hubiese deseado decir, con Garcilaso de la Vega “y cuanto yo escribir de vos deseo/vos solo lo escribiste, yo lo leo/tan solo, que aun de vos me guardo en esto”.

68 He tenido que recortar del anecdotario los hechos que me parecieron que podían azorar un poco a nuestro homenajeado; los que conocemos a Arturo sabemos de su sobriedad y recato. Así que no exhibiré sus cuentas de supermercado ni traeré los rastros de amores contingentes. He procurado respetar cierto orden cronológico en este relato de la infancia de Arturo, pero no he podido evitar que aparecieran algunas apreciaciones personales que deben tomarse como comentarios al calce. Hecha, pues, esta advertencia comienzo.

Arturo Souto Alabarce nació en Madrid el 17 de enero 1930. Vivía entonces en el centro de la ciudad, en la calle de Velásquez. Ahí estuvo los primeros cuatro años de vida. Para ayudar a la imaginación, que a veces se manifiesta caprichosa, me valgo de un retrato que le hizo su padre, Arturo Souto Feijoo. En el cuadro, el pequeño Arturo es un niño encantador de menos de un lustro de edad, lleva el pelo al estilo de príncipe valiente, parejo hasta el cuello con fleco, tiene puesto un mameluco azul y está al lado de un caballo de madera. De esta época dice Arturo que sólo recuerda una terraza, como una fotografía velada, esto es, un lugar donde el sol llueve y lo inunda todo.

En 1934, su padre ganó un premio de pintura y, con esto, una beca de estudios en la Academia de España en Roma. El director en ese momento era el ya afamado Ramón María del Valle-Inclán, quien se estaba estrenando en el cargo. Pese a la incipiente gloria literaria, pese a la aceptada influencia de D'Annunzio y a la admiración que había sentido por el Renacimiento y por Italia, Valle-Inclán se encontraba agriado: no le gustó la vida en Roma, detestaba el contexto militar de Mussolini, encontraba a los italianos amables y obsequiosos, pero sólo en apariencia, y como síntoma de ese malestar estaba la regla de no admitir, bajo ningún motivo, niños en la academia. De manera que Arturo, su hermana Alicia y uno o dos chicos más estaban de contrabando.

La academia se ubicaba en lo que había sido una villa romana, en un edificio vetusto. Tenía un gran jardín con esculturas antiguas y un estanque, inmenso a los ojos de un niño de cuatro o cinco años, al que Arturo y Alicia salían a pasear, siempre con sigilo y precaución, para no ser descubiertos. En esta academia había un portero, quizás se llamaba Pietro, que detestaba a los gatos y, con un arco que se mandó hacer, imaginariamente los cazaba.

En el ambiente comenzaban a aparecer los primeros signos de la guerra. Era la Italia de los uniformes, de los desfiles, de las camisas negras. Uno de sus recuerdos, que me parece una imagen espeluznante y elocuente, es el de los

*balilas*, un grupo de pequeños incorporados a una milicia infantil; iban uniformados y hacían simulacros de ejercicios militares. Afortunadamente, la academia se encontraba en una parte suburbana de la ciudad; la disposición topográfica parecía indicar la lejanía de la sensibilidad y el pensamiento, de las armas y la intolerancia. Una cálida noche de verano, de esas en las que se solía cenar en el jardín, recuerda Arturo que los becarios, con sábanas, se disfrazaron de romanos y al final se organizó una batalla con mangueras. Estos dos hechos, la lucha con agua y el ejército de niños, son como dos chispazos en su memoria, tal vez están ahí, en una parte de su subconsciente para que ahora, en este momento, recordemos que el arte no está casado con la gravedad, y que la estupidez y la maldad tienen una historia.

Transcurrido un año, la familia se trasladó a Florencia, lugar cuya imagen predominante es la de una ciudad color sepia en la que a los zapatos les sale moho por la humedad. Viviendo ya en Florencia, un fin de semana, la familia Souto acompañada de Condoy, un escultor amigo del padre de Arturo, y de su esposa Lupe, fue de excursión al lago Nemi, donde se suponía que habían estado hundidos unos barcos fletados de tesoros. Mussolini dragó el lago para rescatar lo que había dejado Calígula, y con lo que sacaron de los barcos, naves negras que no eran sino los cascos, hicieron un museo local con joyas y estatuillas. De regreso de la visita al lago y al museo, iban en el tren dos militares completamente borrachos, como personajes de novela de Faulkner. Insolentes y protegidos por sus uniformes del Fascio comenzaron a molestar a las damas, a Lupe y a Carmen, la madre de Arturo. Lupe, se paró, se dirigió al soldado y le soltó un bofetón acompañado de expresiones sacadas de lo más florido del español. Los señores, Condoy y Arturo padre, la parte más comprometida en todo este asunto, esperaban el violento desenlace de ambos atrevimientos. Pero cuando el abofeteado oyó las palabras en castellano, comenzó a llorar y a reír y a redoblar su admiración por las damas, en una especie de panegírico de la belleza de la mujer española, recuerdo de la *Carmen* de Bizet. Aquello que pudo ser una tragedia, derivó en una farsa que ahora, por fortuna, podemos contar sin ningún tipo de lamentaciones.

De Italia, le quedó a Arturo el gusto por las revistas con fotografías y estampas, las primeras que hojeó eran aquellas en las que se presentaba a los emigrantes italianos embarcándose. Por esos años, Mussolini tenía la intención de restaurar el antiguo imperio romano y comenzó mandando colonos a África, especialmente a Libia, espacio geopolítico de interés. En esta tendencia expansionista se produjo la invasión con la inerme Abisinia o Etiopía. En los periódicos y las revistas abundaban las noticias del conflicto, con fotografías del rey Haide Selassia, “el Negus”, de campesinos italianos emigrando a África, de masacres de esa guerra. De Italia también conserva, aunque sólo en sueños, la lengua.

En el verano del 36, Arturo y su familia volvieron a España, para pasar ahí las vacaciones; pero con la guerra civil, el veraneo se convirtió en permanencia forzada porque con el conflicto se acabaron las becas. No fue éste un regreso a la patria, sino a un lugar apenas si registrado en la memoria. Arturo me ha contado que no recuerda si podía recordar el Madrid anterior a Roma. De cualquier manera, no tenía sentido de pertenencia o, más bien, su pertenencia no dependía, como hasta ahora, de los lugares, sino de las personas.

70 Regresaron al departamento de Velásquez, en las vísperas de la guerra civil. Fue entonces cuando conoció a Ofelia Rodríguez Acosta, la novelista cubana, a quien el pequeño Arturo veía con sorpresa fumar tres cigarrillos a la vez, como una especie de acrobacia amistosa dirigida justamente a él. Ésa fue una época de inquietud, los mayores estaban siempre pendientes de la radio que transmitía noticias que día con día eran más alarmantes: manifestaciones, marchas, incidentes violentos y refriegas callejeras. Arturo recuerda particularmente una que sonó mucho, que sucedió en el Paseo de la Castellana. En esta época, su pasatiempo era dibujar. No era que su padre lo incitara, ni que le diera lecciones formales, o informales, dibujaba por cuenta propia, a veces, se ganaba alguna recomendación de su padre, dada de paso.

A Arturo le tocó oír los primeros disparos de la Guerra civil, en aquel julio del 36. Aunque las noticias minimizaban los disturbios, la propaganda usual del “no pasa nada” no lograba calmar a la gente, intranquila y expectante frente los hechos que saltaban a la vista. Era la época en que los bombardeos se anunciaban con la sirena de un motociclista. Los pacos, francotiradores partidarios de la sublevación militar, recorrían las casas desde las azoteas comunicadas y frecuentemente los habitantes se encontraban en medio de dos fuegos, el de los franquistas desde las azoteas y el de los milicianos, que desde las calles disparaban a cualquier casa que tuviese la luz encendida, pues ésta, decían, guiaba a los aviones. A veces los belicosos entraban a los edificios a buscar gente; a veces, “daban el paseo”. A partir de ese momento, Arturo tiene recuerdos más claros. Curioso que la memoria se despierte a bombazos de una guerra no entendida que apenas si provoca recelo. Sí, así lo cuenta Arturo; el miedo era un miedo todavía no estrenado, era una alarma, reflejo del horror de los mayores, era algo difuso que se percibía en el gesto de los padres, de los amigos de los padres, de los tíos, era un eco que, sin embargo, dejaba sus marcas en las expresiones, en las frases. La fórmula que desde entonces usaría Arturo para manifestar sus deseos de ver una película era “si mañana vivimos, ¿iremos al cine?” El vocativo “buen hombre” cambió por el de “camarada o compañero” y el “¡Jesús!” que se seguía del estornudo, se sustituyó por el ahora tan común “salud”. Pero estos giros lingüísticos, síntomas de una institución, la de las armas, no era lo peor. Una de las consecuencias más atroces de esta guerra, como de todas las guerras, era la

escasez de comida: carne, fruta y verdura sólo se encontraba en el deseo del pueblo y el pan habitual se cambió por los chuscos, los pequeños bolillos rústicos de los soldados. Tras largas filas se lograba adquirir en abarrotados expendios lentejas y leche condensada.

Uno de esos hechos sombríos, presente en la ya clara memoria de Arturo es el de las noches en que el sonido de la sirena, como ave de mal agüero, advertía sobre el fuego cercano. Prestos, los madrileños apagaban las luces y acuciosos bajaban a los portales, donde se reunían a resguardarse de los explosivos. En el portal, a los niños les daban sus padres un corcho atado de los extremos a un cordel para que lo pusieran en la boca; así, en caso de que cayera alguna bomba, no se morderían la lengua por el efecto de la honda expansiva; medida bien ingenua, pues, de haber estallado una bomba, no hubiera quedado lengua, ni boca, ni niño, ni padre, ni portal que cuidar. De cuantas cosas me ha contado Arturo, ésta es, obviamente, una de las que más me ha estremecido y creo que no hace falta explicar por qué; él, en cambio, la cuenta sin efecto dramático alguno, pues, ya lo he dicho, ese miedo no propio no nacía de un sentido real de la muerte. Yo le he preguntado si recuerda cuándo sucedió esto y él me ha contestado que cuando tenía seis años, durante tres meses, todas las noches.

En octubre de ese año, el gobierno de la República se replegó hacia Valencia y con éste, los intelectuales y artistas republicanos. Ahí, en Valencia, Arturo y su familia estuvieron un año. Vivían en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, instalada en un antiguo palacete remozado, cuyos salones servían de talleres. En la Alianza conoció a Rafael Alberti, quien había organizado la evacuación de intelectuales de Madrid. De esa época es uno de los primeros cuentos que leyó: "Simbad, el marino". Era un libro para niños, de los que ahora son muy comunes, que al abrirse, sobresalía una imagen en tercera dimensión. Este libro se lo regaló justamente León Felipe, a quien conoció durante este repliegue, amigo de su padre y de Arturo mismo. Conservaría esta amistad durante muchos años, hasta que la muerte sorprendiera al poeta que se preguntaba "¿por qué los españoles hablan tan alto?" Además del lector constante, ya comenzaba a surgir el escritor, pero sobre todo, Arturo seguía cultivando el dibujo. Hacía paisajes de pueblos antes y después de la guerra; los primeros, casi idílicos; los segundos, casi solanescos. De aquellos dibujos y escritos no conservó nada, todo voluntariamente se perdió para evitar problemas en los cruces de frontera, donde revisaban, con la minucia que la desconfianza inspira, los equipajes de los viajeros, pues, cualquier motivo que hiciera alusión a la guerra resultaba peligroso, aunque se tratara de cosas de niños. En Valencia no había aún tanta restricción, todavía no se pasaba hambre, incluso se tenía la oportunidad de ir a restaurantes a comer las famosas paellas valencianas, que Arturo recordará cada vez que vaya al

Allende, si es jueves. Sólo de cuando en cuando llegaba un barco, un acorazado, que alguna vez disparaba, como calentando cañones para atacar.

72 A finales del 37, Arturo y los suyos viajaron a Francia, haciendo una escala de dos semanas en Barcelona, uno de los últimos reductos de la República. Se establecieron en París y pasaron los siguientes dos años. En el intermedio, se organizaron en Bélgica algunas exposiciones con las pinturas de su padre. Durante seis meses, en 1938, la familia vivió en Bruselas, en la Calle Alta, de donde se trasladaban a los lugares en los que su padre expondría, esto es, a Amberes y a Gante. En Bruselas, Arturo compró una perrita que viajaría con la familia a París, a Cuba, a Nueva York y, finalmente, a México. La perrita, una fox terrier, se llamaba Goga, nombre que Arturo había elegido de una de las revistas a las que era tan aficionado, emulando el nombre del reyezuelo de una tribu del Congo, región que por ese tiempo era conocida por ser una zona de interés para el rey Leopoldo en su voracidad colonizadora. En uno de los álbumes de fotografías de Arturo, hay una en la que está él de diez años, un poco mayor que en esa época; era un chico apuesto, lleva *pulóver* oscuro de cuello de tortuga y tiene a Goga en brazos. Pero, volviendo a París, hay que contar que fue en esta ciudad en la que Arturo tuvo sus primeros juguetes, animalitos y soldaditos de plomo, que su padre le compraba en una tienda especializada en este tipo de objetos, muestra de que el plomo podía ser indemne y usado, también, de manera creativa. Arturo seguía, incansable, leyendo. En estas fechas se aficionó a Jack London, a Julio Verne y a Pío Baroja. *Miguel, perro de circo* y *Zalacaín, el aventurero* eran dos de sus novelas preferidas. El gusto por los libros no se colmaba con la lectura; ya había comenzado el placer de buscarlos y comprarlos; todas las tardes acompañaba a su padre a dar un paseo a lo largo del Sena, donde se encontraban las librerías de viejo. En una de éstas fue donde compró un libro que hablaba sobre el almirante Nelson en la batalla de Trafalgar, que todavía conserva. También es esta época en la que Arturo comienza a frecuentar cafés y cines, siempre, claro está, acompañando a su padre y a su madre. Con *Tarzán*, *Fantasia* y varias películas detectivescas, nació en Arturo su entusiasmo por la cinematografía. Los cines, además, transmitían las últimas noticias, así que para divertirse tenía que pagar el peaje de los informes bélicos, en los que se asomaba el perfil, todavía difuso, de la Segunda Guerra Mundial. *Jane*, la línea Maginot, *El aprendiz de brujo*, la línea Sigfrido y *Charlie Chan* estaban, por una de esas extrañas coincidencias históricas, en el mismo paquete filmico. Por las noches, la familia visitaba cafés, que eran —durante esos inviernos parisinos, capaces de congelar las tuberías y reventarlas— un refugio contra el frío, con sus transparentes cortinas de plástico y sus chimeneas. Dos de los cafés que suele mencionar Arturo son el *Dome* y *La Coupoule*, lugares frecuentados por artistas, donde Arturo conoció, de lejos, a Picasso. En estos cafés, mientras su

padre estaba de tertulia con otros pintores, conocidos desde Italia o que también salieron de España, Arturo dibujaba, con sus lápices de colores, mientras tomaba café (con leche), que todavía le gustaba. Aprendió francés y, hasta la fecha, lo lee perfectamente.

En París estuvieron hasta el 39, año en el que su padre se trasladó a Cuba. Para entrar a este país era necesario tener una invitación de un residente; su padre se adelantó, para conseguir con su hermana Josefina, que vivía en La Habana, el documento y los fondos necesarios para el visado y el viaje del resto de la familia. Arturo, su madre y Alicia tuvieron que permanecer en Burdeos hasta recibir la invitación y el dinero. La espera duró tres meses y, cuando por fin tuvieron de frente la promesa de “hacer la América”, Arturo enfermó de escarlatina. Permanecieron en Burdeos, en el Havre, todavía unas semanas más, hasta que Arturo se restableció, pero el ahorro ya había menguado, así que su madre tuvo que conseguir lo que le faltaba para poder viajar, suma que la dueña de la casa de pensión en donde se habían hospedado, le prestó a Carmen Alabarce.

Tras la demora en la salida, se embarcaron finalmente. Era ésta la Cuba de Batista, cuando a Batista se le consideraba un héroe. Su tío tenía una destilería y vivían desahogadamente. La bonanza de los familiares, el cambio de clima, la lejanía de la guerra y el ambiente general del Caribe le sentaron muy bien. Aquí conoció a uno de los pocos amigos que tuvo en la infancia: un muchacho mulato del barrio, de los extramuros de La Habana, que era hijo de un carpintero que hacía dominós. Con este amigo salía a caminar al extenso jardín de la casa de sus tíos. Un día, Arturo trepó a la verja y se clavó a un lado de la barbilla una de las lanzas que la adornaban, todavía conserva la marca, más como un signo entrañable —¡qué bueno!— que como el trofeo de una guerra. De Cuba, Arturo conservará el entusiasmo por los mangos, por los plátanos y por el arroz con frijoles negros. Sin embargo, el gusto por el ron, a pesar de la destilería, vendrá una década después.

Al año, Arturo y su familia emigraron, por penúltima vez. Llegaron al país de las oportunidades en 1940 y se establecieron en el Greenwich Village. Nueva York fue iniciático porque ahí tuvo su primera novia y su también primera experiencia escolar. Asistía a un colegio de monjas irlandesas, buenas personas pero muy estrictas, así que no se escapó de algunos santos pellizcos. Había chicos americanos, muchos de origen italiano y él, que era el *spanish*; incluso pensaban que era cubano porque había llegado de Cuba. En Nueva York, antes de que supiera inglés, Arturo se entretenía con los *comics* de *Batman* y de *Superman*. Había en el bohemio Greenwich Village un judío que tenía una pequeña librería, al que su padre le llamaba *le petit marchand* y, de cuando en cuando, le cambiaba libros por pinturas. Su padre comenzaba a tener bastante éxito en una de las mejores galerías, en la Knoedler. Su madre,

en cambio, se encontraba bastante a disgusto, no conocía el idioma y los duros inviernos le habían provocado una ciática que la tuvo prácticamente impedida. En la librería del judío compró *La novela de la momia*, de Teophile Gautier, pero la literatura ocupaba un lugar casi marginal en sus compras, porque lo que Arturo buscaba eran libros de historia natural, afición neoyorkina que años después lo llevaría a la carrera de biología y que, por fortuna (aquí sí) abandonó; de lo contrario, este homenaje estaría realizándose en el Politécnico Nacional y, seguramente, nosotros no seríamos los mismos. Los libros que conseguía eran de medicina, de cirugía, de anatomía, de microbiología. Como objetos eran muy atractivos, la mayor parte de ellos estaban publicados en México, cuando se hacía bastante traducción del francés, eran de finales del siglo XIX, porfirianos, tenían llamativos grabados, ¡vaya!, que eran muy románticos. En algún apartado rincón de su nutrida biblioteca se pueden encontrar todavía algunos ejemplares decimonónicos. Con estos textos, la idea que tenía de México en esa época era muy particular, pero no por una cierta idealización deliberada, sino por la influencia de las ciencias biológicas. Cuando el padre de Arturo decide venir a México, el chico ya sabía mucho de este país, pero de su historia natural, de los volcanes, de las montañas, de la fauna; tenía en su imaginación el trópico, la sierra, los nopales, esto es, los paisajes mexicanos. No era la parte literaria ni la artística la que le atraía, que hubiera sido lo más lógico por la influencia de su padre, sino el México microscópico de los insectos, de las diferentes especies de cleópteros. En 1942, la familia Souto llegó a México para asistir a las exposiciones del pintor. El plan inicial era permanecer seis meses aquí y luego regresar a Nueva York. Éstos han sido los seis meses más largos en la vida de Arturo Souto Alabarce.

A partir de 1942, los datos y los documentos son más o menos rastreables y cualquiera de las muchas personas que quieren a nuestro maestro y amigo, con un poco de tiempo pueden contar, con mejor tono, la continuación de esta historia. Éstas son sólo algunas anécdotas que la memoria y el tiempo han querido que comparta con ustedes, como quien se siente poseedor de los tesoros de Calígula. Me alegra poder tomar la palabra para decir las cosas que a todos nos gustaría que dijera el mismo homenajeado. Afortunadamente, Arturo puede continuar con nosotros en una incesante charla de café, sin café, porque Arturo Souto, nuestro amigo, no toma café desde los quince años.